

FUSS

KAD

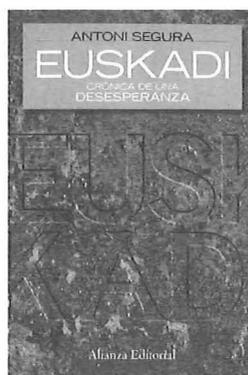
Para entender el conflicto vasco

Ander Gurrutxaga

El libro del catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona Antoni Segura titulado *Euskadi. Crónica de una desesperanza*, es un compendio de la reciente historia política vasca. El profesor Segura tiene un extenso currículum en el tratamiento de asuntos complejos. Me atrevo a decir que es un tratadista, es decir, aquel que intenta comprender sociedades y países donde la esperanza y la felicidad no fluyen con facilidad. Diría que es un buen analista e historiador de desesperanzas. Basta conocer su trayectoria profesional y académica para avalar ese punto de vista. Ha escrito, como recoge su currículum, sobre conflictos y situaciones que esperan una solución; el Sahara Occidental, Palestina, Israel, Irak o el orden mundial y el Islam. El profesor Segura no es un recién llegado a escenarios como el vasco. Es un visitante asiduo de esta sociedad, ha escrito y opinado sobre ella, y es una de las referencias a las que acudir cuando quieran desentrañarse algunos de los misterios de los que se ocupa en este libro. La *Crónica de una desesperanza* no es un libro más sobre Euskadi. Diría que las cuatrocientas páginas destilan conocimiento sobre lo que se escribe, pasión por lo que se cuenta, expectativas por lo que se dice que puede ser y *vuelta a empezar...* Es Toni Segura un historiador e investigador acostumbrado a la aventura del conocimiento sin finales claros, a tratar con sociedades donde los matices, los bucles, el juego del azar, las consecuencias no previstas o no queridas, en

una palabra, el plan de contingencias, forman parte inexorable de aquello que quiere comprenderse.

Lo que analiza en las páginas que componen el texto no es una investigación nueva aunque sí novedosa. El transcurrir de sus páginas es una crónica, el recorrido narrativo que quiere llevar a cabo alguien que cuenta lo que casi nadie se atreve a contar, no por falta de valentía o por desidia intelectual sino porque las fronteras que delimitan la historia se entrecruzan con la crónica de sucesos. Es en este cruce de caminos, tan difícil de pronunciar y vivir, donde se sitúa el libro que comento. El texto tiene un protagonista: la política en el País Vasco; actores reconocidos y reconocibles: los políticos; las víctimas: todos los asesinados por ETA; y villanos: ETA y las múltiples sombras que se mueven en sus aledaños. El libro es ambicioso, destila a través de la crónica



Antoni Segura
Euskadi. Crónica de una desesperanza.
Alianza, Madrid, 2009,
408 págs.

que corre de prisa tras una muy buena prosa, cincuenta años de vida de la tragedia que inicia ETA en la década de los años sesenta del siglo pasado y que continúa hasta nuestros días. En este escenario, trágico y dramático a la vez, se desencadenan formas de vida, discursos políticos, enmascaramientos, simulaciones, bondad, maldad, drama, tragedia, comedia, muerte y vida.

El profesor Segura aborda, a lo largo de 11 capítulos, la introducción y el epílogo, *la crónica de una desesperanza*. A lo largo de las páginas transitan la historia de ETA, sus vaivenes, una cierta historia del nacionalismo vasco y la historización de diversos intentos por «arreglar» el problema. Es ésta quizá la parte más novedosa del libro. El autor demuestra un conocimiento exhaustivo y encomiable de hechos, actores, acciones, expectativas y desencantos. A lo largo de las páginas dirige la mirada expectante a esos procesos, los analiza a través de sus

fuentes y documentos y alcanza conclusiones desesperanzadamente pesimistas; *nunca pudo ser pero hubo que intentarlo...*

El investigador, el científico social y el historiador profesional se encuentran y mutan a veces con el ciudadano Segura en esta crónica ambiciosa. Es como si el autor se reconociese en algo parecido a la esquizofrenia intelectual, sabiendo como sabe, que la crónica va rápida, se mueve deprisa, tanto que sólo algunos son capaces de seguir la trayectoria. La narrativa aporta frescura, rapidez, inmediatez, pero el ritmo que impone el autor a la narración, le resta reposo, distancia, tiempo para reflexionar y tiempo para insistir o desistir. Leyendo el libro se tiene la impresión que no es la sociedad vasca el actor principal del libro o, en todo caso, lo es sólo una parte de ella. Es como si el resto estuviese mirando desde el balcón, viendo lo que sucede en la lejanía o en la calle inmediata, aplaudiendo o silbando, siempre expectantes, pero mirando desde la respetuosa distancia el trabajo y las cosas de la política. El libro es un texto de historia política y como tal debe ser leído. La narrativa elige la forma de crónica, porque ella permite seguir el ritmo trepidante de los acontecimientos que describe y analiza. Que nadie exija otra cosa a las páginas del doctor Segura, quien se acerque a ellas encontrará un magnífico texto, fresco, rápido, intrépido, intenso, pero sabemos que la crónica aporta en frescura lo que pierde en capacidad analítica.

SOBRE TEXTOS, CRÓNICAS Y NARRATIVAS

Del presente vasco se tiene la impresión que viejos sueños y nuevas aspiraciones chocan con datos irrefutables de la realidad empírica. Así, los recursos políticos, ideológicos y simbólicos «chocan» con referentes y aspiraciones que construye el discurso dominante. Quizá ocurre, y la crónica del profesor Segura lo plantea, que el debate político vasco tiene menos que ver menos con la aspiración de programas má-

ximos y mucho con la «tozudez» de los referentes empíricos de la complejidad vasca. No creo, por ejemplo, que valga la pena abrir la caja de Pandora para descubrir qué fue de la *soberanía originaria vasca* ni tirar del hilo de Ariadna para encontrar el territorio con el que siempre soñó o ¿es que alguien cree que la restauración política que lee el pasado, afirma el presente y se proyecta hacia el futuro, puede frenar el ritmo que imponen la globalización y los procesos asociados a la sociedad del conocimiento?

La política en general, al menos en la sociedad vasca, sigue sin encontrar el camino para manejar un cuadro tan complejo como el descrito; «superar» el marco político del que se dispone en la actualidad y seguir viviendo en esta *tierra*, tan propicia para el pragmatismo y hacerlo, por supuesto, sin la acción armada de ETA. Tengo la impresión por contra, que Euskadi necesita un nuevo paradigma político con un lenguaje nuevo capaz de realizar lo que demanda el diseño ¿Dónde está esa teoría política? Ninguna de los grandes paradigmas ha conseguido, al menos hasta el día de hoy, construirla y sin ella resulta difícil aunar el individualismo que se percibe entre algunos sectores sociales –especialmente los jóvenes–, la privatización de la vida, la pérdida de influjo de valores y discursos sobre la identidad, la llamada al bienestar como *recurso de la voz solidaria* vasca o la disolución de creencias –entre otras el poder omnímodo de la política. Nadie puede arrogarse la propiedad intelectual del nuevo sentido de la política y nadie puede exhibirse como el garante único de la nueva realidad, por lo que el valor de los acuerdos cobra más importancia. Es muy probable que quien mejor resuelva los dilemas de los sistemas de alianzas políticas va a ser quién mejor se sitúe para gobernar la política vasca.

Las reparaciones de ETA enseñan la importancia de no abandonarse a sueños

inalcanzables, sabiendo que cuando uno se despierta sabe, *o debe saber*, que la vida tiene que construirse con la realidad con la que todos los días se tiene que trabajar. Hay cuatro consideraciones que pueden extraerse, a la luz de lo que aporta el texto del profesor Segura; el mayor enemigo que tienen los proyectos nacionalistas es la violencia de ETA. Debemos reconsiderar en profundidad la retórica, tan significativa en muchos discursos políticos, de la negociación. La mayor incidencia sobre la pérdida de influencia –*guetización* o desaparición de ETA– procede del fortalecimiento y desarrollo de la sociedad democrática en España y de la estrategia de implosión que esta estrategia sostiene y desarrolla. El mundo político tradicional de la izquierda abertzale no tiene futuro sin la desaparición de ETA.

Partiendo de estos hechos hay algunas cuestiones que me gustaría resaltar y que promueven la lectura de *Crónica de una desesperanza*. La primera es la naturaleza de ETA. No debemos olvidar que ETA es una organización militar, no democrática, que no funciona con criterios de racionalidad política por más que con sus actos busquen ganar posiciones o situarse mejor ante el *enemigo*. ETA cree que la historia de las acciones armadas merece reconocimiento, es decir, no asocia la disolución a la derrota sino a que se reconozca lo que *ha hecho*. Es decir, traduce la historia de cincuenta años en la consecución de algunos de sus objetivos básicos. El hecho es importante porque a veces *lo que ETA es*, se recubre de una *pátina* que quiere ocultar estas actividades. Por eso, el Estado democrático tiene serias dificultades, algunas insalvables, para reconocer aquello que la organización armada cree que debe ser reconocido.

LA SOCIEDAD DIFERENTE

Hay una pregunta que conviene expresar: ¿la sociedad vasca es una sociedad

diferente? Creo que sí, pero lo es por lo que mejor la representa; altas tasas de crecimiento económico en los últimos años, la renta media de los hogares vascos está a la cabeza entre los hogares españoles, buena integración en los usos de la sociedad de la información y así un largo etcétera de indicadores positivos. Precisamente lo que la hace diferente es esa paradoja entre el *buen vivir* y la persistencia de ETA. Paradójicamente, el País Vasco es en la Europa comunitaria la única sociedad europea donde se practica la lucha armada de forma sistemática. Todo esto se produce en el seno de la sociedad democrática en un Estado democrático, con un buen nivel de vida, que posee instrumentos de gestión política, el nacionalismo político ha gobernado los últimos treinta años e impregna la sociedad con sus signos, sus símbolos, sus formas de hacer y estar y las señas de identidad cultural están protegidas, cuando no sostenidas, por el gobierno autonómico.

La conclusión del retrato de la *Euskadi real*, y aquí el libro de Antoni Segura toma fuerza narrativa, es que hay que explicar por qué en una sociedad del bienestar, con niveles altos de renta persiste la violencia armada y por qué es el único territorio en Europa donde esta actividad tiene todavía un papel destacado. No quiero con esto iniciar una reflexión que colapse el espacio de esta presentación. La respuesta que propongo mira a algunas de las cuestiones que plantea el libro del Segura, aunque no se aborden. Lo primero que cabe decir es que no puede entenderse un conflicto de esa naturaleza utilizando el discurso de clase, las teorías de la desigualdad o la explicación que ofrece la privación relativa. Al contrario, la base social del radicalismo nacionalista está formada por clases medias radicalizadas –prácticamente en los veinte ayuntamientos con mayor renta *per capita* de Euskadi, la pre-

sencia política radical es una constante, e incluso gobierna algunos de ellos. En definitiva, no son sectores *parias* de la sociedad excluidos de la dinámica social y económica, sino que estamos ante procesos, hechos, circunstancias y contextos donde la fuerza de la mirada analítica debe dirigirse hacia la cultura, a la capacidad de las microsociedades locales para crear redes densas con poder socializador, que se unen y se encuentran con otras redes donde el peso de las biografías individuales y las circunstancias de los grupos sociales definen la dinámica interna de unas –redes– y de otras –microsociedades. Los afiliados creen que fuera o no hay nada o lo que hay está para reforzarlas.

Esto tiene algunos resultados empíricos como, por ejemplo, la creación del ecosistema propio y de lógicas sociales autónomas llenas de interdictos donde el control social se ejerce a través del poder de convicción que exige la pertenencia a la red. El problema es que dentro de esos espacios la idea de responsabilidad o la de límite desaparecen y se considera que son «dueños» del hábitat y del ecosistema que definen como propio y que con la voluntad, la capacidad de trabajo y la acción pública «todo lo pueden» y «todo es posible». El concepto cultural de límite, el concepto de que no «todo es posible» o el de «responsabilidad por las acciones propias» no forma parte del paquete socializador que desgranar en –su– hábitat.

Una de las consecuencias es la *naturalización* de esa realidad. Esto es lo que crea el entorno, esto les proporciona instrumentos –como si se tratase de una caja de herramientas– para definir la realidad. La *naturalización* desemboca en la gestación de entornos institucionales específicos, un lenguaje propio, signos y símbolos de distinción, discursos e interdictos que protegen los espacios sociales, solvencia electoral, etc. Todos dependen

de todos y reivindican el carácter socializador del estilo de vida. Ni la cultura, ni la política, ni los espacios cotidianos han hecho demasiado por poner límites a las diferencias, por el contrario, el juego de los *enclaves propios* tiene su papel socializador en la dinámica sociocultural que describo. Las consecuencias se dejan sentir en la vida política –especialmente en los espacios municipales o locales (en los ámbitos micro)– y en la vida social –es más llamativo en los ámbitos cotidianos de las localidades pequeñas.

Las razones de la cultura son muy penetrantes, por eso soy un escéptico, al menos no tengo mucha fe depositada en el hecho de que los dictados del discurso político puedan decir o hacer más de lo que hacen o dicen. ¿Por qué digo esto? Porque se otorga al discurso político y a sus prácticas el horizonte de expectativas y no se tiene capacidad de criticar lo que, una de dos, o no se tiene la capacidad para obtener los resultados esperados –el análisis de las negociaciones con ETA puede ser el material empírico de primer orden para la toma de posición– o el capital social y político que el discurso político maneja está mal gestionado. Estoy convencido de que los discursos que se gestan alrededor del tema de la negociación (que por cierto tiene atrapado en la trampa semántica a prácticamente todo el espectro político –aunque el caso del nacionalismo es aún más significativo–) necesitan una revisión en profundidad que esté más allá del juego de la instrumentalización política, el ejercicio de la voluntad política o las urgencias para que el problema se evapore.

Detrás del impacto y de cómo se maneja el discurso político –bien sean las fuerzas representativas vascas o las fuerzas del Estado–, hay hechos sobre los que conviene reflexionar; el primero es la relación entre violencia y modernidad, el segundo, la comprensión y el impacto del

significado de la violencia en la sociedad vasca, fuera de los avatares de los discursos políticos y de las diatribas de la confrontación e instrumentalización política, otro es la naturaleza de ETA que como un cefalópodo gigante toca y atrapa la lógica política y expresiva de casi todos, penetra y condiciona la vida cotidiana de muchos ciudadanos, impacta en la urdimbre institucional y en general, tiene consecuencias en la capacidad de socialización de la sociedad vasca y, por supuesto, en la reproducción generacional, en el impacto sociopolítico del «mito» y en la praxis de la negociación, que cual *pócima* capaz de acabar con el *hechizo*, aparece una y otra vez sin que dé la impresión que las fuerzas políticas reflexionen, ni entre ellas ni con ellas, de los efectos que el particular *encantamiento* tiene sobre la vida política y social. Si de algo no podemos quejarnos en el País Vasco es del capital político acumulado en estos años, ni del rol jugado por algunas propuestas, presuntamente creativas e innovadoras en su formalización pragmática. Es verdad que las fórmulas se desarrollan con criterios y razones distintas y el éxito o fracaso ni siguen la misma dirección ni se expresan de manera similar. Si hacemos el repaso en profundidad a las mismas desde la Mesa de Ajuria Enea, los acuerdos de Lizarra, el Plan Ibarretxe o el derecho a decidir, encontramos que los objetivos formales son casi siempre los mismos: terminar con ETA, provocar la desaparición de la violencia y alcanzar otro estatus político. Dicho esto, tenemos que hablar de las diferencias entre unas y otras fórmulas. Si la Mesa de Ajuria Enea fue el intento, liderado desde la Presidencia del Gobierno Vasco –entonces presidido por Ardanza–, de encontrar el consenso entre todas las fuerzas políticas para construir la estrategia común a la violencia armada de ETA, lo que Lizarra y los intentos su-

cesivos plantean suponen un corte con la propuesta que les precede.

Pero no se puede hablar sólo de fracaso si analizamos con sosiego los proyectos mencionados. Digo esto porque, por ejemplo, Lizarra y los planes sucesivos cumplieron un papel: impulsar el fortalecimiento de la comunidad nacionalista. Probablemente, en estos casos, y en una coyuntura difícil, muy difícil para el nacionalismo, la respuesta de Ibarretxe tiene efectos que seguramente no fueron previstos por él ni por sus estrategias. Obviamente, ni el *Pacto de Lizarra*, el *Plan Ibarretxe* o el *derecho a decidir*, alcanzaron los objetivos esperados, pero consiguieron otros; fortalecieron y delimitaron un discurso para el nacionalismo vasco institucional, dotando de contenido a la definición de comunidad nacionalista que se encontraba bastante deshilachada y sin contenidos explícitos –después, sobre todo, de los años del gobierno popular del presidente Aznar– e intentó restaurar los contenidos de los nuevos sentidos de lo que era la identidad vasca.

En los tres hechos, Ibarretxe tuvo éxito. De hecho, la movilización electoral del año 2001 y el triunfo de ese mismo año lo invistió como líder indiscutible del nacionalismo vasco. El resultado fue la recreación de las posibilidades de la Euskadi identitaria. Desde ese punto de vista restauró un nuevo sentido político para el nacionalismo del siglo XXI, desde la explícita definición de la identidad política del País Vasco, la delimitación del concepto y los contenidos de la comunidad nacionalista. Lo que ocurre es que esta perspectiva no puede abordar la gestión del pluralismo vasco e incorporar a otros actores políticos no nacionalistas a ese campo de fuerzas, olvidando en su propuesta –menos en sus declaraciones públicas– el concepto de sociedad vasca o creyendo que construida y articulada la nación lo demás llegará a

través de la extensión de la dogmática política que propone *su plan*.

Las condiciones para el fracaso estaban servidas. Después de los resultados electorales del año 2001 el impacto nunca fue el mismo. Cuando las propuestas abandonaron el laboratorio de *Ajuria Enea* y se confrontaron con la realidad empírica aparecieron múltiples problemas que o no se quisieron ver o se consideró que podían mantenerse bajo control. Los Planes tuvieron en contra a un número significativo de grupos y actores políticos y sociales que por circunstancias confluyen en *no comprender* las propuestas que se proponían desde los laboratorios de *Ajuria Enea*; obviamente las fuerzas no nacionalistas se opusieron a los planes –eso significaba que el 50% de la representación electoral vasca no los seguía. Los sectores radicales nacionalistas no estaban conformes porque o creían escasos los resultados o les daba miedo porque temían rebajar sus expectativas y no estaban dispuestos a conceder al nacionalismo institucional la dirección de un proyecto de tal envergadura. Había también sectores nacionalistas que juzgaban la propuesta una aventura sin futuro. El resultado es conocido, pero desde la distancia que comenzamos a tener es llamativo el escaso análisis que se hace de estas experiencias.

Lo que comento en 20 líneas ocupó diez años de trabajo político para al final encontrarse con la irrelevancia y la llegada a la estación donde aquel y aquellos que quisieron restaurar la Euskadi identitaria y reformar el concepto fuerte de comunidad nacionalista, tropezaron con la complejidad y el pluralismo de la sociedad vasca como si ésta se hubiese convencido de que con consulta o sin ella, los problemas iban a mantenerse en similares condiciones ¿Demasiada inversión en ilusión, capital político y razón política, para tan pocos rendimientos políticos? Esa

parece la cuestión. El final de la crónica es conocido, lo que hace años pareció imposible hoy es posible; un gobierno no nacionalista, fruto además de aquello que al nacionalismo político tanto le sirvió, el manejo del tiempo político y de las coyunturas electorales.

El libro del profesor Antoni Segura recorre, con maestría, muchas de estas veredas y caminos. La lectura del texto nos acerca a una buena crónica, honesta y con el buen sentido de la *desesperanza* que atesoramos aquellos que nacimos con ETA y vivimos con ella. El libro *Euskadi. Crónica de una desesperanza*, es también la crónica de la generación que construyó la democracia en España pero que no pudo resolver algunos problemas relatados en este buen libro.

Ander Gurrutxaga Abad es catedrático de Sociología de la Universidad del País Vasco.